

Arthur Schopenhauer

Máximas y consejos



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Espiritualidad y Vida interior

MÁXIMAS Y CONSEJOS

Arthur Schopenhauer

1.ª edición: mayo de 2026

Traducción: *Juli Peradejordi*

Corrección: *Ediciones Obelisco*

Diseño de cubierta: *Carlos Pan*

© 2026, Ediciones Obelisco, S.L.
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S.L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 253
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-387-9
DL B 4891-2026

Impreso por CPI Black Print - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Prólogo	9
Introducción	15
I. Consejos generales	17
II. De nuestra relación con nosotros mismos	35
III. De nuestra relación con los demás	95
IV. De nuestra relación con el curso del mundo y el destino	139
V. De las edades de la vida	159

*Le bonheur n'est pas chose aisée:
il est très difficile de le trouver en nous,
et impossible de le trouver ailleurs.*

CHAMFORT

PRÓLOGO

Máximas y consejos no es un manual de optimismo ni una colección de frases destinadas a reconfortar al lector con propuestas fáciles. Es, más bien, una invitación a mirar la vida sin velos y sin indulgencias. Arthur Schopenhauer escribe desde una lucidez que no busca agradar, sino despejar ilusiones. Sus máximas y consejos no pretenden embellecer la existencia, sino comprenderla en su desnudez esencial. En ese gesto reside su valor y, también, su incomodidad. Quien busque claridad en este pequeño libro encontrará una brújula firme, aunque no siempre complaciente.

Schopenhauer parte aquí de una premisa que atraviesa toda su filosofía: el sufrimiento no es una anomalía, sino un componente estructural de la existencia. Frente a ello, no propone la resignación pasiva ni la desesperación, sino una forma de inteligencia práctica. Sus consejos no prometen la dicha absoluta, sino algo más realista y, por ello mismo, más valioso: la reducción

del dolor evitable, la moderación de las expectativas, la conquista de una serenidad interior que no dependa del ruido del mundo.

Estas páginas se sitúan en un territorio peculiar, a medio camino entre la ética, la psicología y la observación cotidiana. No son reflexiones abstractas ni disquisiciones metafísicas, sino apuntes nacidos de la experiencia, aforismos que condensan una mirada penetrante sobre la conducta humana. Schopenhauer observa al hombre no como quisiera que fuese, sino como efectivamente es: contradictorio, deseante, vulnerable a la comparación, propenso a la ilusión y, al mismo tiempo, capaz de una lucidez que lo libera parcialmente de sus propias trampas. Esa doble condición —la de la miseria y la grandeza— recorre cada uno de sus consejos.

Uno de los ejes centrales del libro es la relación del individuo consigo mismo. Antes que recurrir a cualquier estrategia social o proyecto exterior, el autor insiste en la necesidad de conocerse, de medir las propias fuerzas, de reconocer los límites y capacidades de uno mismo. La autosuficiencia interior aparece aquí no como un orgullo vacío, sino como el fundamento de la tranquilidad. Quien depende en exceso de la aprobación ajena o de circunstancias externas vive expuesto a una inestabilidad perpetua. En cambio, quien logra bastarse en cierta medida a sí mismo encuentra un punto de apoyo que no se disuelve con facilidad. Esta idea, repetida bajo distintas formas, constituye una de las claves más fecundas del texto.

Junto a esta mirada interior, el libro desarrolla una crítica constante a las ilusiones sociales. La fama, el prestigio, la riqueza o el reconocimiento aparecen descritos como fenómenos frágiles, sostenidos muchas veces por apariencias y convenciones. Schopenhauer no niega su existencia ni su influencia, pero advierte sobre el error de convertirlos en eje de la vida. La búsqueda obsesiva de estas metas, sostiene, suele conducir a una serie de frustraciones, comparaciones y ansiedades que terminan por vaciar al individuo. Su propuesta no es el aislamiento absoluto ni el desprecio del mundo, sino una distancia inteligente que permita participar en la vida social sin quedar absorbido por ella.

La soledad ocupa un lugar destacado en estas reflexiones. No se trata de una exaltación romántica del retiro, sino de un reconocimiento práctico de su valor. La capacidad de estar a solas con uno mismo, sin caer en el tedio ni en la inquietud, aparece como un signo de riqueza interior. Para Schopenhauer, la compañía constante no siempre es sinónimo de bienestar; a menudo es, por el contrario, un síntoma de incapacidad para soportarse a sí mismo. En esta inversión de perspectivas se revela uno de los rasgos más característicos de su pensamiento: cuestionar lo que suele darse por evidente y mostrar el reverso de las convenciones aceptadas.

Otro aspecto fundamental es la administración del tiempo y de las expectativas. El autor invita a equilibrar la atención entre presente y futuro, evitando tanto la

dispersión frívola en el presente como la preocupación constante por el futuro. El presente, recuerda, es el único ámbito donde la vida ocurre realmente, y sacrificarlo en nombre de proyecciones inciertas equivale a perder lo único seguro que poseemos. Esta llamada a la atención consciente no se formula en términos místicos ni sentimentales, sino como una estrategia de sobriedad mental: reducir la ansiedad innecesaria, limitar la anticipación excesiva y aprender a valorar los instantes libres de dolor.

El libro también aborda la relación con los demás desde una perspectiva desmitificadora. La sociabilidad no se presenta como virtud automática ni como defecto inevitable, sino como un fenómeno que debe calibrarse según el carácter y la capacidad de cada individuo. Schopenhauer observa con ironía las dinámicas de grupo, la tendencia a la banalidad, la superficialidad de muchas conversaciones y la facilidad con la que el ruido colectivo sustituye al pensamiento propio. Sin embargo, su crítica no desemboca en un rechazo total de la convivencia, sino en la recomendación de elegir con cuidado las compañías y de no confundir cantidad con calidad en las relaciones humanas.

A lo largo de estas máximas se percibe una constante apelación a la moderación. Moderar deseos, aspiraciones, ambiciones y comparaciones no significa renunciar a toda iniciativa, sino ajustar la vida a una escala que permita sostenerla sin desgaste continuo. La felicidad, en este contexto, deja de ser un estado eufórico y se re-

define como ausencia relativa de perturbación. No se trata de conquistar cumbres de placer, sino de evitar abismos de sufrimiento innecesario. Esta redefinición, lejos de empobrecer la existencia, la vuelve más manejable y, paradójicamente, más abierta a momentos auténticos de satisfacción.

La fuerza de este libro reside también en su estilo. Schopenhauer no escribe con rodeos ni con ambigüedades calculadas. Su prosa es directa, a veces cortante, pero siempre precisa. Cada aforismo funciona como una pieza autónoma que puede leerse de manera independiente, pero que, al unirse a los demás, compone un mapa coherente de la condición humana. No hay aquí sentimentalismo ni complacencia; hay observación aguda, ironía contenida y una voluntad constante de despojar a la vida de adornos innecesarios. Muchas de sus afirmaciones contradicen hábitos arraigados, expectativas sociales o creencias optimistas. Sin embargo, esa incomodidad es parte de su utilidad. Schopenhauer no pretende ofrecer consuelo superficial, sino herramientas de lucidez. Su intención es que el lector reconozca los mecanismos que generan gran parte de su malestar y, al reconocerlos, pueda disminuir su poder. En lugar de prometer un paraíso inalcanzable, propone un territorio más modesto pero más firme: una vida consciente de sus límites, atenta a sus posibilidades y menos vulnerable a las ilusiones que la desgastan.

Máximas y consejos es, en definitiva, un ejercicio de claridad. No enseña a vivir mejor, sino a vivir con ma-

yor conciencia de lo que se es y de lo que se puede esperar. Su valor no radica en ofrecer respuestas definitivas, sino en formular preguntas incómodas que obligan a pensar. Quien se adentre en este libro encontrará una voz que no halaga ni adula, pero que acompaña con una honestidad poco frecuente. Y en esa honestidad, desprovista de artificio, reside su vigencia: un recordatorio de que la verdadera sabiduría no consiste en prometer felicidad ilimitada, sino en comprender la vida con la mayor lucidez posible y aprender a habitarla sin engaños.

EL EDITOR

INTRODUCCIÓN

Si mi objetivo en estas páginas fuera presentar un esquema completo de consejos y máximas para guiar la vida, tendría que repetir las numerosas normas –algunas de ellas excelentes– que se han elaborado por pensadores de todas las épocas, desde Teognis y Salomón¹ hasta La Rochefoucauld; y, al hacerlo, inevitablemente implicaría para el lector una gran cantidad de lugares comunes trillados. Pero lo cierto es que en esta obra no pretendo tratar el tema como en ningún otro de mis escritos.

Un autor que no pretenda ser exhaustivo debe también, en gran medida, abandonar cualquier intento de ordenación sistemática. Por su doble pérdida a este respecto, el lector puede consolarse reflexionando que un tratamiento completo y sistemático de un tema como la orientación de la vida no podía dejar de ser un asun-

1. Me refiero a los proverbios y máximas atribuidos, en el Antiguo Testamento, al rey de tal nombre. (*N. del A.*)

to muy fatigoso. Me he limitado a exponer aquellas de mis reflexiones que me parecen dignas de ser comunicadas: pensamientos que, por lo que sé, no han sido expuestos o, en todo caso, no de la misma forma, por cualquier otra persona. Por lo que mis observaciones pueden tomarse como un complemento de lo que ya se ha alcanzado en este inmenso campo filosófico.

Sin embargo, para introducir algún tipo de orden en la gran variedad de asuntos que se tratarán en las siguientes páginas, organizaré lo que tengo que decir bajo los siguientes títulos: 1. Consejos generales; 2. De nuestra relación con nosotros mismos; 3. De nuestra relación con los demás; y, por último, 4. De nuestra relación con el curso del mundo y el destino. Concluiré con algunas observaciones sobre los cambios que producen en nosotros los distintos períodos de la vida.

CAPÍTULO I

CONSEJOS GENERALES

1

La primera y más importante regla para una sabia conducta en la vida me parece estar contenida en un punto de vista al que Aristóteles se refiere, como de pasada, en la *Ética a Nicómaco*: ὁ φρόνιμος τὸ ἄλυπον διώκει, οὐ τὸ ἡδύ (*quod dolore vacat, non quod suave est, persequitur vir prudens*). O, como puede traducirse: «no el placer, sino la ausencia de dolor, es lo que el hombre sabio persigue».

La veracidad de esta observación depende del carácter negativo de la felicidad, es decir, del hecho de que el placer es sólo la negación del dolor, y que el dolor es el elemento positivo de la vida. Aunque he dado una detallada demostración de esta proposición en mi obra principal,² puedo ilustrarlo aquí con un ejemplo

2. Véase *El mundo como voluntad y representación*, vol. I, sección 58.

más, extraído de una circunstancia cotidiana. Supongamos que, a excepción de una pequeña herida o dolor concreto, nos encontramos físicamente en una condición sana y saludable: el dolor que nos produce esa pequeña herida absorberá por completo nuestra atención, haciéndonos perder la sensación de bienestar general, y destruyendo todo nuestro confort en la vida. De la misma manera, cuando todos nuestros asuntos se resuelven tal y como deseamos excepto uno, esa única excepción nos causa una molestia constante, aunque se trate de algo trivial. Pensamos constantemente en este asunto concreto y poco en esos otros más importantes en los que hemos tenido éxito. En ambos casos lo que se ha encontrado con una resistencia es la voluntad: en el primer caso, objetivada en el organismo, en el otro, tal y como se nos presenta en los embates de la vida, y en ambos casos es evidente que la satisfacción de la voluntad no consiste en otra cosa que en que ésta no encuentre resistencia alguna. Se trata, por tanto, de una satisfacción que no se siente directamente; a lo sumo, somos conscientes de ella cuando reflexionamos sobre nuestra condición. Pero lo que detiene o frena la voluntad es algo positivo; afirma su propia presencia. Todo placer consiste simplemente en eliminar este freno, es decir, en liberarnos de su acción; y, por ello, el placer es un estado que nunca puede durar demasiado.

Éste es el verdadero sentido de la excelente regla de Aristóteles citada anteriormente, que nos pide que nos orientemos no a procurarnos lo que es placentero y

agradable en la vida, sino a evitar, en la medida de lo posible, sus innumerables males. Si éste no fuera el camino correcto a seguir, el dicho de Voltaire que reza «la felicidad no es más que un sueño y el sufrimiento es lo real» sería tan falso como, en realidad, es verdadero. El hombre que desee componer el libro de su vida y determinar en qué punto se encuentra el equilibrio de la felicidad deberá registrar en sus cuentas, no los placeres que ha disfrutado, sino los males que ha evitado. Ése es el verdadero método de eudaimonología; pues toda eudaimonología debe comenzar reconociendo que su propio nombre es un eufemismo, y que vivir felizmente significa únicamente vivir menos infelizmente, en otras palabras, vivir una vida tolerable. No cabe duda de que la vida se nos da, no para ser disfrutada, sino para ser superada, sobrellevada. Hay numerosas expresiones que lo ilustran, como *degere vitam* («pasar la vida»), *vita defungi* («cumplir con la vida»); o en italiano, *si scampa così* («se sobrevive así»); o en alemán, *man muß suchen durchzukommen* («hay que tratar de salir adelante»), *er wird schon durch die Welt kommen* («ya saldrá airoso del mundo»), y así sucesivamente. En la vejez, es realmente un consuelo pensar que el trabajo de la vida ha por fin terminado. La suerte más feliz no consiste en haber experimentado los más exquisitos deleites o los mayores placeres, sino en haber puesto punto y final a la vida sin haber pasado por grandes dolores, tanto corporales como mentales. Medir la felicidad de una vida por sus deleites o placeres es aplicar un criterio falso. Porque los

placeres son y siguen siendo algo negativo; creer que producen felicidad es una ilusión alimentada por una envidia que termina siendo un castigo autoinfligido para el individuo. El dolor es algo positivo, y de ahí que su la ausencia sea el verdadero estándar de la felicidad. Y si, además de la ausencia de dolor, también hay ausencia de aburrimiento, se han cumplido las condiciones esenciales de la felicidad terrenal, porque todo lo demás es quimérico.

De esto se deduce que un hombre nunca debe tratar de comprar el placer a costa del dolor, o incluso a riesgo de sufrirlo, pues hacerlo es pagar lo que es positivo y real con lo que es negativo e ilusorio, mientras que existe un beneficio neto en sacrificar el placer en aras de evitar el dolor. En cualquier caso, es indiferente si el dolor sigue al placer o lo precede. Es una inversión del orden natural intentar convertir este escenario de miseria en un jardín del placer o buscar la alegría y el placer en lugar de la mayor ausencia posible del dolor —y, sin embargo, cuántos lo intentan!—. Hay algo de sabiduría en mantener cierta visión sombría del mundo, en considerarlo como una especie de infierno y en limitar los propios esfuerzos a procurarse un pequeño rincón salvaguardado del fuego. El necio corre tras los placeres de la vida y se descubre a sí mismo siendo su propia víctima; el hombre sabio evita los males, e incluso si, a pesar de las precauciones que toma, cae en desgracia, habrá sido culpa del destino y no de su propia necesidad. En la medida en que tiene éxito en su empeño, no se podrá

decir nunca que ha vivido una vida ilusoria, porque los males que rehúye son entonces muy reales. Aunque se tome excesivas molestias para evitar ciertos males y haga un sacrificio innecesario de placer, esto no será, en realidad, demasiado malo, porque todos los placeres son quiméricos, y llorar por haber perdido alguno de ellos es una frivolidad, e incluso una ridiculez.

El no reconocer esta verdad –un error fomentado por ideas optimistas– es la fuente de gran parte de la infelicidad. En aquellos momentos en los que no sentimos dolor alguno, nuestros inquietos deseos presentan, como si de un espejo se trataran, la imagen de una felicidad que no se corresponde con la realidad, y nos seducen para que la sigamos. Al hacerlo, nos causamos dolor, y eso es algo indudablemente cierto. Después, miramos con arrepentimiento esa desperdiciada ausencia de dolor: es un paraíso que hemos apostado y perdido, ya no está con nosotros y anhelamos en vano deshacer lo que se ha hecho.

Uno bien podría creer que estas ilusiones de deseos cumplidos son obra de algún espíritu maligno, que las conjura para alejarnos de ese estado indoloro que constituye nuestra mayor felicidad.

Un joven imprudente podría pensar que el mundo está hecho para ser disfrutado, y que en él habita una felicidad real o positiva que sólo aquellos que no son lo suficientemente astutos como para superar las dificultades que se presentan en su camino no logran alcanzar. Esta falsa noción se apodera de él con mayor fuerza

cuando comienza a leer poesía y novelas, y a dejarse engañar por las apariencias externas: de esto se trata la hipocresía que caracteriza al mundo de principio a fin, sobre la cual diré algo más adelante. El resultado es que su vida se convierte en la búsqueda más o menos deliberada de una felicidad positiva, y así toma la felicidad como equivalente a una serie de placeres definidos. Al buscar estos placeres, se encuentra con el peligro —un hecho que no debe olvidarse, pues persigue una presa que no existe, y así termina sufriendo alguna desgracia muy real y positiva—, el dolor, la angustia, la enfermedad, la pérdida, la preocupación, la pobreza, la vergüenza y todos los males que ofrece la vida. Demasiado tarde descubre el engaño en que ha caído.

Pero si se observa la regla que he mencionado, y se adopta un plan de vida que procede evitando el dolor, es decir, tomando medidas de precaución contra la miseria, la enfermedad y la angustia en todas sus formas, el objetivo es real, y puede lograrse algo que será grande en tanto el plan no se vea perturbado por la búsqueda de la quimera de la felicidad positiva. Esto concuerda con la opinión expresada por Goethe en *Las afinidades electivas*, y que pone en boca de Mittler, el hombre que siempre trata de hacer felices a los otros: «Desear librarse de un mal es un objetivo definido, pero desear una suerte mejor que la que uno tiene es una locura ciega». Esta misma verdad está contenida en ese bello proverbio francés: *le mieux est l'ennemi du bien* («lo mejor es enemigo de lo bueno»). Y, como he señalado en mi

obra principal,³ ésta es la idea esencial que subyace a la filosofía de los cínicos. Pues ¿qué fue lo que llevó a los cínicos a repudiar el placer en cualquiera de sus formas, sino el hecho de que el dolor está, en mayor o menor grado, siempre ligado al placer? Alejarse del dolor les resultaba mucho más fácil que asegurarse el placer. Profundamente impresionados como estaban por la naturaleza negativa del placer y la naturaleza positiva del dolor, dedicaron sistemáticamente todos sus esfuerzos a evitar el dolor. El primer paso para ello era, en su opinión, un repudio completo y deliberado del placer, como algo que sólo servía para apresar a la víctima y entregarlo al dolor.

Todos nacemos, como dice Schiller, en Arcadia. En otras palabras, venimos al mundo llenos de pretensiones de felicidad y placer, y alimentamos la esperanza de consumarlas. Pero, por regla general, el destino pronto nos enseña, de forma burda pero eficaz, que en realidad nosotros no poseemos nada, sino que lo posee él, en virtud de un derecho inexpugnable suyo: no sólo todo lo que tenemos o adquirimos, como la esposa o los hijos, sino también nuestros propios miembros, nuestros brazos, piernas, ojos y oídos, sí, incluso nuestra nariz. Y, en cualquier caso, después de algún tiempo, aprendemos por experiencia que la felicidad y el placer son un espejismo que, aunque visible desde lejos, se desvanece

3. Véase *El mundo como voluntad y representación*, vol. II, cap. 16.

al acercarnos; y aprendemos también, por otra parte, que el sufrimiento y el dolor son una realidad, que sentimos su presencia de forma directa, sin intermediarios, y para lograr su efecto, no requiere de ilusiones ni falsas esperanzas.

Si la enseñanza de la experiencia es fértil en nosotros, pronto abandonamos la búsqueda del placer y la felicidad, y pensamos mucho más en procurarnos seguridad contra los ataques del dolor y el sufrimiento. Vemos que lo mejor que el mundo nos puede ofrecer es una existencia sin dolor, una vida tranquila y tolerable; y así limitamos nuestras pretensiones a esto mismo, pues es algo que podemos esperar conseguir con mayor seguridad. Porque la forma más segura de no ser muy infeliz es no esperar ser muy feliz. Merck, el amigo de la juventud de Goethe, era consciente de esta verdad cuando escribió: «Es la manera miserable que tiene la gente de reclamar la felicidad —y, además, en una medida correspondiente a sus deseos— lo que arruina todo en este mundo». Un hombre progresará si puede librarse de esta pretensión y no desear más que lo que tiene delante. En consecuencia, es aconsejable limitar estrictamente nuestras expectativas de placer, posesión, rango, honor y demás; porque es precisamente este esforzarse y luchar por ser feliz, por deslumbrar al mundo, por llevar una vida llena de placeres, lo que acarrea grandes infortunios. Es prudente y sabio, digo, reducir la cantidad de demandas que uno tiene, aunque sólo sea porque es extremadamente fácil ser muy infeliz,

mientras que ser muy feliz no es que sea difícil, sino directamente es imposible. Con justicia canta el poeta de la sabiduría de la vida:

*Auream quisquis mediocritatem
Diligit, tutus caret obsoleti
Sordibus tecti, caret invidenda
Sobrius aula.*

*Saevis ventis agitatur ingens
Pinus: et celsae graviore casu
Decidunt tures: feriuntque summos
Fulgura montes.*⁴

El justo medio es lo mejor; el vivir libre de miseria y, sin embargo, no ser motivo de envidia. Es el alto el que es cruelmente sacudido por el viento, las cumbres más altas las que son golpeadas por la tormenta, y las torres más elevadas las que caen con mayor peso.

El que se ha tomado a pecho la enseñanza de mi filosofía —quien sabe, por tanto, que nuestra existencia es algo que más hubiera valido que no hubiera sido, y que repudiarla y renegar de ella es la más alta sabiduría—, no

4. («Quien ama la dorada mediocridad, / Seguro está y carece de las suciedades / De un techo desgastado, y carece también / De una corte envidiable y ostentosa. / Más violentamente los vientos agitan / Al enorme pino; y por un destino más grave / Caen las altas torres, y los rayos golpean / Las cumbres de las montañas»). Horacio *Odas* II. 10.

tendrá grandes expectativas de nada ni de nadie: no derrochará pasión por nada en el mundo, ni se lamentará en exceso si fracasa en alguna de sus empresas. Antes bien, sentirá la profunda verdad de lo que dice Platón: οὐτε τι τῶν ἀνθρωπίνων ἄξιον μεγάλης σπουδῆς, es decir, nada en los quehaceres humanos es digno de gran atención.⁵ O, como dice el poeta persa, Anwari Soheili:

*Aunque de tu alcance huyan las cosas mundanas,
No te aflijas por ello, no es nada;
Y si has ganado la posesión de un mundo,
No te alegres por ello, no es nada.
El dolor y el placer pasan,
Pasa tú también por el mundo: no es nada.*

El principal obstáculo que encontramos para llegar a estas saludables opiniones es esa hipocresía del mundo a la que ya he aludido —una hipocresía que debe ser revelada tempranamente a los jóvenes—. La mayoría de las glorias del mundo son mero espectáculo exterior, como las escenas de un teatro: no hay nada real en ellas. Barcos engalanados y adornados con banderines, disparos de cañón, iluminación, redobles de tambores y música de trompetas, gritos y aplausos... Todos estos son signos externos, es el fingimiento y la sugestión —el jeroglífico, digamos— de la alegría. Sin embargo, justo ahí, la alegría, por regla general, no se encuentra; antes

5. *Rep.* X. 604.

bien, es el único invitado que ha renunciado a estar presente en el festival.

Cuando este huésped se presenta realmente, viene por lo general sin invitación; no es previamente anunciado, sino que llega tranquila y silenciosamente él solito, sin ceremonias, a menudo haciendo su aparición en la más intrascendente y trivial de las circunstancias y en la compañía más común y corriente —en pocas palabras, se presenta en cualquier lugar, pero allí donde la sociedad es brillante y distinguida—. La alegría es como el oro en las minas australianas: se encuentra sólo muy de vez en cuando, como por azar, y de acuerdo con ninguna regla o ley, a menudo en cantidades muy pequeñas y muy rara vez a montones. Todo ese espectáculo exterior que he descrito es sólo un intento de hacer creer a la otra gente que es realmente la alegría lo que ha llegado a la fiesta, y el hecho de producir esta impresión en los espectadores es, de hecho, el centro del asunto.

Con el duelo ocurre lo mismo. Esa larga procesión fúnebre, que avanza tan despacio, ¡qué melancólica se ve! ¡Qué fila tan interminable de carrozas! Pero mira dentro de ellas: están todas vacías; los cocheros de la ciudad son la única escolta que tiene el difunto hasta su tumba. ¡Elocuente retrato de la amistad y estima del mundo! ¡Esto es la falsedad, la vacuidad, la hipocresía de los asuntos humanos!

Tomemos otro ejemplo: una sala llena de invitados vestidos de gala, siendo recibidos con grandes ceremo-